

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Las referencias a acontecimientos históricos, personas o lugares reales está al servicio de la ficción. El resto de nombres, lugares y sucesos son producto de la imaginación de la autora, y cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, es pura coincidencia.

Título original: *The Almost Sisters*

© 2017, Joshilyn Jackson. Publicado por acuerdo con William Morrow, un sello de HarperCollins Publishers.

© 2026, de la traducción por María Cemborain Moratinos

© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: abril de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-87788-20-9

DL: B 1.894-2026

Diseño de interiores:
David Pablo

Composición:
Brioworkx

Impreso en abril de 2026 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Joshilyn Jackson

El corazón indómito de las mujeres

Traducción de María Cemborain Moratinos



Newton Compton Editores
Barcelona, 2026

Para Jacques de Spoelberch

Capítulo 1

Mi hijo Digby se manifestó exactamente a las 3:02 h de la mañana el primer viernes de junio. No me refiero a su concepción ni a su nacimiento. Me refiero al momento en el que empezó para mí, algo que sucedió entre esos dos grandes acontecimientos. Fue un comienzo tan pequeño que casi no me di cuenta. Estaba muy pero que muy ocupada entrando en pánico por mi trabajo.

Acababa de terminar de dibujar y entintar una serie limitada para DC Comics, el último contrato que se interponía entre yo y mi novela gráfica, *Violence in Violet*. Cada palabra y línea de esta última había sido dibujada, escrita, entintada y coloreada por mí. Estaba muy orgullosa de ella, pero no la había continuado como serie. No podía. *V in V* terminó en un apocalipsis total. En el mundo de *Violence* ya no podía suceder nada, porque no había nada más. Todo había terminado, y así se quedó hasta que Dark Horse Comics me ofreció hacer una precuela. Querían la historia del origen de *Violence*.

Todos los superhéroes tienen una. A Peter Parker le mordió una araña radioactiva y Bruce Banner se expuso a una explosión de radiación gamma. Dark Horse quería la historia de cómo mi protagonista se convirtió en lo que es.

Acepté casi al momento, emocionada ante las posibilidades. Era un viaje de vuelta a mi propio mundo inventado, la oportunidad de volver a trabajar con mis personajes. Por primera vez en mi vida profesional, tendría el total control creativo sobre el guion y el diseño. Estaba entusiasmada, incluso. Hasta que tuve que hacerlo de verdad.

Quería a *Violence* (todo lo que se puede querer a una justi-

ciera caníbal morada y de dientes afilados), pero nunca había explicado lo que era o de dónde venía, ni siquiera a mí misma. Tan solo era una potencia de pechos monumentales, con los ojos alocados y botas plateadas hasta el muslo, que encarnaba una sangrienta venganza con la que cualquiera al que le hayan roto el corazón en mil pedacitos podría sentirse identificado. De repente, tenía que averiguar cómo se originó. Ya había firmado un documento en el que prometía revelarlo, y los artistas de cómics no pueden saltarse los plazos de entrega.

Siempre se me ocurren las mejores ideas en la cama, entrando y saliendo del sueño, cuando la membrana entre mi mente consciente y las oscuras ciénagas del subconsciente se vuelve fina y permeable. En mi industria las imágenes crean la historia, y las imágenes son mi punto de partida. Cerré los ojos y esperé a que aparecieran manchas de colores sin nombre dentro de formas, moldeando figuras que se convertirían en los paneles. Pero no era capaz de caer en esa profunda y verde ciénaga, entre el sueño y la vigilia, en la que nacían las mejores ideas. Al cerrar los ojos, lo único que veía era el plazo de entrega. Sentía que se acercaba demasiado rápido. Incluso parecía que venía a por mí, y con malas intenciones.

Golpeé la almohada y me giré, y ahí estaba. Había empezado. Digby.

Supe que existía antes de esa madrugada de junio, claro. Intelectualmente hablando. Había tenido una pequeña sospecha en marzo, cuando la menstruación no hizo acto de presencia. Eso fue un par de semanas después de ir como artista invitada a una convención de cómics en Atlanta y de que sucediera una debacle con un Batman. Así que, técnicamente, era posible. A duras penas.

Pero ya tenía treinta y ocho años, no era una veinteañera hiperfértil que pudiera quedarse embarazada con la misma facilidad con la que coges un resfriado. «Los retrasos y ausencias de regla son mi nueva normalidad», me dije a mí misma cuando llegué a los diez días de retraso. De todas formas, tenía que ir

a la farmacia a por cuchillas de afeitar, así que eché una Coca-Cola y un test de embarazo en el carrito. Me bebí lo primero de camino a casa, donde utilicé lo segundo.

Me apoyé contra el lavabo esperando a que sonara el temporizador. El test estaba encima de la parte trasera del váter, a plena vista, sobre un pañuelo de papel. No me asomé. Mantuve la mirada fija sobre el par de peces *steampunk* que había colgado en la pared, sobre la bañera. Los había hecho un artista local a partir de «objetos encontrados», lo cual era un eufemismo artístico para decir «basura». Engranajes oxidados y descascarillados, clavos, muelles y trozos de herramientas rotas habían encontrado una segunda vida como peces en mi pared. Siempre me habían gustado, pero entonces sentía que me observaban. Tenían unos ojos enormes hechos de piezas de telescopios antiguos y bocas fabricadas con tubos de goma girados hacia abajo.

—Anda, callaos ya —les dije. No sabía que los peces podían juzgar de esa manera.

Dos minutos después estaba observando una cruz de color rosa.

Me quedé ahí, entrecerrando los ojos como si no viera bien. Estaba en el enorme baño de la habitación principal que, junto al estudio con tragaluz de la planta de arriba, había hecho que me enamorara de mi extraña casa de estilo georgiano. En esos momentos la habitación parecía una caverna; si gritaba, sentía que podría haber eco. El embalaje rosa del test de embarazo que había en el lavabo me parecía demasiado ridículo como para ser portador de sucesos reales.

No quería ir a mi ginecóloga habitual, así que llamé a mi amiga Margot Phan.

—¿Me puedes dar una cita de emergencia? ¿Para ahora mismo?
—le pregunté.

Ella y su marido llevaban ya doce años en mi estrecho círculo de jugadores de los martes, pero nunca había ido a su consulta como doctora. Era pediatra.

–Tengo la sala de espera llena de niños hasta arriba de mocos. Estoy con alerta amarilla por aquí, Leia –me dijo.

–Esto es más que una alerta amarilla. Es una alerta roja, rojísima –contesté–. También atiendes a adolescentes, ¿no? ¿Puedes comprobar si estoy embarazada?

–¡Joder! –dijo Margot–. ¿Batman? ¿Me estás vacilando? Ven ahora mismo.

Margot me instaló en una pequeña sala de diagnóstico forrada con papel pintado de animales ilustrados. Me hizo otra prueba de orina que salió positiva, y, tras insistirle, echó un vistazo extremadamente incómodo a mi cervix.

–Leia, cariño. Estás preñada –anunció.

–¿Estás segura? –le pregunté, aunque Margot era una de mis amigas más cercanas. No bromearía con asuntos médicos. Pero aquello parecía una broma muy elaborada, como si, de repente, mientras yo tenía los pies en los estribos, fuera a asomarse entre mis piernas, sujetando una gofrera y diciendo «Vaya, ¡mira lo que he encontrado!»– Igual deberías hacerme un análisis de sangre.

–Eso sería innecesario. Al igual que esto –dijo Margot, levantándose y dirigiéndose a la puerta. Me senté y me aferré a la sábana que me rodeaba–. Vístete y ven a mi consulta, ¿vale? Tenemos que hablar. No estás sola en esto.

Estaba tan atónita que por un segundo pensé que se refería a que Batman estaba conmigo. El verdadero. No un superhéroe cutre vestido con una capa comprada en Etsy y que se llamaba Matt, o Mark. O Marcus. No lo recordaba muy bien.

Sí que me acordaba que era de un sitio que terminaba en A. ¿Florida? ¿India? Igual era Canadá, como el nombre de la cerveza que nos tomamos entre chupito y chupito de tequila. Era más alto que yo, pero ¿quién no? Puede que fuera bastante gracioso; estaba segura de que me pareció muy divertido en su momento. Era negro (de eso estaba segura), con una sonrisa y una mandíbula preciosas. En algún momento se debió quitar la máscara de orejas puntiagudas, porque tenía

algunos recuerdos borrosos de sus ojos grandes y marrones parpadeando lentamente y de sus tímidas y gruesas pestañas. Hacían que su rostro fuera mucho más dulce de lo que pensé al verle la sonrisa traviesa.

También me acordaba de que *Violence in Violet* le encantaba. Me había reconocido en el bar del hotel y se acercó a hablarme de sus paneles favoritos. Se había fijado en los pájaros y en los pequeños animalillos que había escondido aquí y allá en los dibujos, camuflados entre las sombras o entre los rizos del pelo de Violence. Me preguntó cuándo se publicaría la precuela y me dijo que no podía esperar a tenerla entre las manos. Su admiración fue un bálsamo reconfortante, un bálsamo que necesitaba. Unas horas antes había estado muy quemada e irritada. Además, el tequila nunca acompaña a las buenas decisiones. Lo invité a subir a mi habitación.

Empezamos a besarnos en el ascensor, donde me echó la cabeza hacia atrás agarrándome del pelo de una forma que me estremeció. Recordaba cómo adentré las manos bajo la parte delantera de su traje, buscando su cálida piel. Recordaba su cuerpo desnudo, extendido sobre la alfombra de mi habitación, a mí misma desnuda también, estremecidos por el alcohol que habíamos ingerido, dando vueltas, y recordaba después estar encima de él con la cabeza echada hacia atrás. ¿Me había puesto su capa y su capucha de Batman? Sí. Lo había hecho, y lo recordé con un escalofrío de vergüenza por todo el cuerpo. Me puse ambas, riéndome como una maniaca de Arkham mientras estaba a horcajadas sobre él.

Por la mañana estaba sola y con resaca. Me había dejado una nota en la almohada:

Eres increíble. ¡Qué ganas de la precuela!

Y había escrito un número de teléfono con un prefijo que no era de Virginia. Probablemente era falso y, de todas formas, yo volaba de vuelta a Norfolk en un par de horas. No podía

llamarle e intentar verlo como más que un lío de una noche yendo a una verdadera cita con él. Batman no iba a ser algo serio.

Me vestí, pero no fui a la consulta de Margot. Me quedé con la mirada fija en una pared cubierta con conejitos sonrientes y ciervos bebés de colores pastel. Los mapaches parecían muy engreídos, como si se estuvieran riendo de mí.

¿Y por qué no? Un embarazo indeseado es trágico cuando la madre es una niña en sí misma, pero a mi edad entraban en juego varios elementos cómicos. ¿No tendría que saber a esas alturas que no debía arrastrar a un Batman aleatorio a mi habitación tirándole del cinturón de herramientas? ¿No debería saber al menos cómo usar correctamente un condón? Igual la gente no me lo diría a la cara, pero lo hablarían entre ellos. Lo pensarían muy alto.

¡Y mis padres! Me llevé las manos a la cara, muerta de vergüenza al pensar en su reacción. Son metodistas de los suburbios, ambos de pueblos pequeños, básicamente la pareja más convencional del mundo. Podía imaginarme a mi madre chasqueando la lengua y lamentándose, y a mi padrastro, Keith, incómodo detrás de ella e intentando darme algo de dinero. Además, decírsele a Keith significaba decírsele también a Rachel, y eso era lo peor que podía pasar.

Mi hermanastra nunca había tenido ni un leve incidente, ni con el coche ni mucho menos un accidente del ámbito reproductivo. Había creado su propia familia en un orden perfecto, siguiendo una regla no escrita: «Primero el amor, después el matrimonio, luego viene Rachel con un carrito» ...Yo no era capaz de conseguir ni lo primero.

Lo último que quería era que se enterara de que había terminado embarazada. Sentiría tanta lástima por mí que resultaría irritante. Pondría excusas para defenderme frente a nuestros padres: «No podemos culpar a Leia», podía oírla. «Debe sentirse muy sola. Si no, no habría sucedido tal incidente desesperado y vulgar con un Batman desconocido». Y lo peor es

que estaría intentando ayudarme de verdad. Rachel siempre me ayuda, a veces de una forma tan incansable que me habría gustado tener una palabra acordada para decirle que parara.

Llamaron brevemente a la puerta y Margot asomó la cabeza.

–¿Ya te has puesto los pantalones? Llevas un rato aquí –dijo.

Tras ella, en el pasillo, escuchaba a niños jugando en la sala de espera. Pequeñas vocecillas de pito. El traqueteo de los juguetes de plástico y los pies pataleando. Al entrar había pasado a través de esa multitud de pequeños y mocosos humanos con sus madres. Eran todo madres, aunque muy probablemente cada uno de esos niños tenía un padre... En algún lado. En ese momento casi ni los había oído, porque estaba ansiosa por entrar y dejar que Margot corrigiera el claro error del test que me había hecho en casa. Pero ahora sí los oía.

Al otro lado de la fina pared, en la habitación de al lado, un bebé estalló en un ruidoso llanto, lleno de furia. Incliné la cabeza hacia el origen del sonido.

–¿Qué le pasa? –pregunté

Margot se encogió de hombros, recogiendo las puntas de su pelo corto y negro detrás de las orejas.

–Pobre pequeñín, le están poniendo las vacunas.

Margot cerró la puerta, pero aun así podía oírlo. Sonaba muy ofendido. Treinta segundos antes era tan inocente como los conejitos rosas de la pared. Ni siquiera sabía que las cosas podían doler. Alguien debería haberlo avisado de que en el mundo hay cosas afiladas y de que los adultos iban a clavárselas en sus pobres piernitas. A propósito.

Mientras pensaba en ello, el bebé empezó a calmarse. Debía estar en los brazos de su madre, siendo mecido y tranquilizado por ella y olvidándose del dolor. Un bebé real, vivo. Me puse la mano en la tripa. Era suave y algo más rechoncha de lo que me gustaría, pero nada fuera de lo habitual. Aunque por dentro, en secreto, algo había cambiado. Debido al humillante *shock*

de estar embarazada, no había pensado en lo que significaba tener realmente un bebé. Al fin y al cabo, ese era el propósito del embarazo.

–Sabes que todo va a ir bien, ¿verdad? –prometió Margot. Se sentó a mi lado y me rodeó los hombros con el brazo.

–Es muy raro pensar que el sexo funciona de verdad –dije.

«Reproducción» es una palabra de libro de texto del instituto. Era como la fotosíntesis o la oxidación, tan solo un proceso más que tenía que memorizar para aprobar Biología. Ahora la biología estaba allí, real y relevante, funcionando como debía en la oscuridad del centro de mi cuerpo. Si todo iba bien, una nueva persona llegaría al mundo. Una pequeña persona, creada dentro de mí. Mi persona. Mi hijo o hija.

–¿Quieres que hablemos de las opciones que tienes? –preguntó, pero yo ya estaba negando con la cabeza.

–Tengo treinta y ocho años, Margot –respondí, seria–. ¿No me estoy quedando sin opciones?

Margot era mi amiga. Sabía que quería decirme que eso no era verdad. Pero también era médico, y yo estaba soltera y me quedaba un año y pico para los cuarenta. Me había alejado de cualquier hombre con el que podría haberme casado. No, había huido. Empezó a tomar forma en mi cabeza la regla no escrita: «Primero llega el amor, luego la traición más atroz y después llegan los arrepentimientos para los que se necesita terapia cara». Era una regla horrorosa. Pero era mía, y yo no había formado una familia, aunque lo hubiera querido.

Y todavía lo quería. Quería enamorarme, casarme con un friki como yo y crear más frikis. Quería noches de juegos, vacaciones de verano frikis durante las cuales ir a ferias del Renacimiento o a Orlando y hacer *cupcakes* de Yoda por una razón que no fuera solo mi entusiasmo por el azúcar. Me había imaginado cómo sería atreverme a crear una vida con alguien. Concebir bebés que fueran una mezcla de los dos. Tener uno con la nariz de mi marido y mis ojos hundidos debía ser algo casi mágico.

¿Pero, y ese bebé? Podría nacer con la nariz de Batman, pero

¿cómo iba a saberlo? Ni siquiera la recordaba. El niño sería birracial; tendría mis ojos hundidos, pero, aun así, mi vecino racista no pensaría que es mi hijo. De hecho, ningún vecino racista lo pensaría, en realidad, y el mundo está lleno de ellos. Además, lo tendría que criar yo sola. No era precisamente mi vida soñada.

Pero no importaba. No importaba lo ridícula que fuera la historia ni los potenciales peligros; una pequeña pieza de mi familia había aterrizado de repente en mi útero.

–Voy a tener un bebé –le anuncié a Margot, aterrorizada.

Aun así, tras la voz temblorosa noté alegría. Y me pareció que ella también, porque sonrió y me abrazó más fuerte.

–Efectivamente, «mamá» –dijo, y me recetó vitaminas prenatales.

Durante los primeros meses lo mantuve como un secreto entre Margot, mi ginecóloga y yo. Me compré un libro llamado *Retoños tardíos: El manual para mujeres embarazadas de más de treinta y cinco*, que aconsejaba no contárselo a nadie, al menos hasta después de superar el primer trimestre. Me pareció que tenía sentido, no solo porque contárselo a todos fuera a ser incómodo ni porque estaba evitando activamente contárselo a Rachel. Había otra razón más importante. Me quedaban más citas médicas y pruebas, y en el fondo no confiaba en que fuera a salir bien. Sentía que era algo que yo no iba a poder tener.

Trabajaba, quedaba con amigos y dejaba comida para los desconfiados gatos callejeros que vivían en el patio trasero. Iba a la Iglesia y organizaba noches de juegos los martes. Sacaba la basura al contenedor. Me sentía igual que tantas otras veces que había hecho esas cosas sin estar embarazada. Echaba de menos tomarme una copa de vino con la cena, aunque, exceptuando en las fiestas tematizadas de Batman, no solía beber mucho. No tenía náuseas ni más cambios de humor de lo normal. Tampoco sentía la necesidad de echarle sal al helado ni de comer plátano con *ketchup*. En un par de semanas tendría

que empezar a usar mis vaqueros de gorda, pero no era un problema, me pasaba todas las Navidades.

En mi cuarta cita médica la ginecóloga me hizo un análisis de sangre, y todo indicaba a que mi bebé estaba sano genéticamente y a que definitivamente sería un niño. Ya estaba oficialmente en el segundo trimestre.

Según *Retoños tardíos*, ahí era cuando la cosa se ponía seria. Igual no lo decía con esas palabras, pero el libro y mi sentido común coincidían en que era el momento de transformar la habitación de invitados en un cuarto para el bebé, comprar algunos *bodies* y un cubo de pañales, y, quizá, explicarles a mi familia y amigos que estaba embarazada. No lo hice. Portaba en mí un ser humano real y entero, pero todavía me parecía intangible. El bebé era como un dibujo ya ideado, pero sin plasmar en el papel.

Ni siquiera se lo había dicho a mi abuela, mi único familiar vivo por parte de padre. Vivía a más de mil kilómetros de distancia, en Birchville, Alabama, encargándose de que su jardín de orquídeas miltonias estuviera impecable y juzgando a los jóvenes y a su vecino racista. Era mi mejor opción, porque jamás me delataría a mi madre, a Keith o a Rachel y porque me quería muchísimo.

Le recordaba a mi padre, que fue bajito, con el pelo oscuro y de constitución tirando a rechoncha, como yo. Al igual que a mí, le encantaban las librerías de segunda mano, comía mucho queso y jugaba a juegos de mesa. En mi foto favorita de él, la que llevo en la cartera, lleva unas orejas de Spock. El frikismo iba dentro de él. Estuvo eligiendo nombres de bebé cuando solo era un bulto dentro de mi madre, pero nunca llegó a ver si sería una Leía o un Leo. Lo mató un borracho en la carretera tres semanas antes de que yo naciera, la mayor desgracia de Birchie en su vida llena de desgracias menores.

Se merecía saber que pronto tendría un bisnieto, pero, aunque la llamaba por lo menos dos veces a la semana, yo no sacaba el tema. El parto (que implica la llegada definitiva del bebé)

parecía algo improbable y distante. Sentía que contárselo a Birchie era como prometer algo que no estaba segura de poder cumplir. No creí en ello, en Digby, hasta aquel primer viernes de junio a las 03:02 h de la mañana en el que me encontraba soportando el insomnio e intentando sin éxito que se me ocurriera alguna idea para la precuela de *Violence in Violet*.

Quizá era porque había escrito *V in V* hacía mucho tiempo. Empecé con los bocetos de *Violence* hacía dos décadas, en mi último año de instituto, cuando prácticamente yo también era un feto. Esos dibujos hicieron que me admitieran en la Escuela de Arte y Diseño de Savannah, y la novela gráfica completa fue mi trabajo final del grado en Bellas Artes y Arte Secuencial.

Llevé la novela gráfica ya terminada a una pequeña convención en Memphis, donde se la enseñé a un tío que contrataba artistas para DC. Le gustó mi sombreado y me ofreció un contrato. Metí *V in V* en una caja y me puse a trabajar, convirtiendo ese primer encargo en una carrera como *freelance*. Era buena y me volví mejor, y nunca me salté un plazo de entrega. Durante varios años estuve trabajando para las mayores editoriales en la industria, dibujando y entintando personajes desde Ant-Man hasta el General Zod.

Unos seis años antes, mientras actualizaba mi página web, escané y subí las primeras páginas de *V in V*. Fue algo improvisado, una manera sencilla de rellenar el contenido de la web. El primer mes tuvo cientos de descargas. El siguiente, varios miles. Para finales de verano ya tenía más de veinte mil compartidos y citaciones, y el tráfico estaba colapsándome el servidor. Mis redes sociales estallaban con personas pidiendo la historia completa.

La autopubliqué, hice una edición con impresión bajo demanda y un *e-book*, y vendí más de cien mil copias solo en el primer año. Para entonces, *V in V* seguía vendiéndose, y, en vez de participar en charlas, me pagaban para ser ponente invitada en convenciones de cómics, fantasía y ciencia ficción

de todo el país. Cuando dibujaba para otras series mi nombre en la portada aumentaba las ventas, y la oferta que me había hecho Dark Horse para la precuela era muy tentadora. El único problema era que tenía cero ideas.

Golpeé la almohada, inquieta, intentando concentrarme en el interior de mi antiheroína de dientes afilados. ¿Cómo había aprendido Violence a volar, a morder o a empuñar sus cuchillos curvos? Cuando empecé la novela gráfica, veinte años antes, me centré más en Violet, la chica con el corazón roto a la que Violence va a proteger. Violet estaba basada en mí misma en muchos aspectos, así que conocía su personaje de pies a cabeza. Violence solo era el medio para un fin. Para muchos fines y muy sangrientos, de hecho, y nunca había pensado más allá. Era un hueco en blanco que debía rellenar. Me sumergí de lleno en la oscuridad del interior de mi cuerpo, esperando ver el comienzo de una historia, esperando que aparecieran colores y formas que me la mostraran. Casi estaba quedándome dormida, pero no del todo, y me puse de lado.

Cuando casi había conseguido descansar, algo pequeño dentro de mí empezó a girar sin parar. Lo notaba. Era la vibración silenciosa de una especie de sonido. Una llave minúscula girando en un candado que nunca había pensado que estuviera presente en mi interior.

El movimiento estaba en mí, pero no era yo. Era algo pequeño, un alguien que movía deliberadamente sus futuros bracitos, o lo que sea que tuviera en ese momento. Era una elección, pero no la había hecho yo. Estaba dentro de mí, era mío, pero yo no lo controlaba.

Fue justo entonces cuando mi hijo se manifestó. Se volvió real, de una manera diferente a como lo era cinco segundos antes. Era mucho más tangible que hacía cuatro meses, cuando, mientras recogía mi habitación de hotel en Atlanta, encontré un condón usado, aunque yo recordaba dos actos sexuales. Había un segundo condón en la mesita de noche, reflejando

buenas intenciones, pero estaba intacto en su embalaje. Ahora podía sentirle tomando pequeñas decisiones dentro de mí, y ya sabía su nombre. Era una referencia friki tan concreta que nunca nadie excepto yo la entendería.

–Hola, Digby. ¿Estás ahí? –le pregunté, esperando oír ese extraño sonido que, en realidad, no era un sonido.

Llegó otra vez, como en respuesta. Era extraño, pequeño e imposible de sentir bajo cualquier otra circunstancia.

–Oh, Dios mío, estás ahí de verdad –le dije, aunque *Retoños tardíos* mencionaba que todavía le quedaban un par de semanas para empezar a oír.

«Vivificación», así lo llamaba el libro, y era la palabra perfecta, porque cuando él se aceleró, mi vida también lo hizo. Estaba embarazada, y el bebé ni siquiera tenía una cuna. En aquel momento, solo me tenía a mí. Tenía que contárselo a la gente. Mi grupo de jugadores de los martes siempre preparaba comida cada vez que alguien tenía un hijo o se ponía enfermo. A lo largo de los años había cocinado innumerables guisos y litros de sopa; ahora las cosas cambiarían.

Sobre todo, tenía que contárselo a mi familia. Y rápido. Mis padres iban a necesitar tiempo para superar el *shock* inicial antes de que llegara el bebé, y así mamá podría enseñarme a dar el pecho y Keith a instalar correctamente el asiento para el coche que todavía no tenía.

Todos los domingos por la tarde, Rachel organizaba una comida familiar después de ir a la Iglesia. Ya había ido a más de una docena de ellas desde que me había quedado embarazada, y había comido gambas rebozadas o medallones de solomillo por dos, manteniéndome callada. Decidí que ese domingo lo contaría.

«¡Hay algo por ahí que huele genial! Ah, y estoy preñada». Listo.

Iba a perdonar por adelantado a mamá y a Keith por cualquier reacción inicial no muy agradable. Iban a sentirse muy avergonzados. Yo se lo pintaría genial, asegurándoles que estaba

feliz y sana y recordándoles que por fin tendrían un segundo nieto. Al final, no querrían menos a Digby por no tener padre o por tener la piel más oscura que ellos. Pero ese final parecía estar bastante lejos.

Rachel me defendería, pero, en cuanto estuviéramos solas, me daría un sermón también. Se enfadaría conmigo por dar mal ejemplo a su hija de trece años. Su marido probablemente también, pero que le den. De todos los gilipollas que se pasean por este azul planeta, Jake Jacoby es el último en tener el derecho de opinar sobre mí.

Aguantaría todas las gilipolleces que tuvieran que decirme, y después todos se solidarizarían conmigo. Tendrían que hacerlo, especialmente con Rachel obligándoles. Ella podía movilizarse muy rápido, y tenía que estar preparada para eso también. Debía pedir antes del domingo todo lo que necesitaba para hacer un cuarto para el bebé colorido y de temática de Superman, antes de que Rachel me invadiera con sus tonos neutros *trendy*, su madera gastada y esos horrorosos animales suecos de la tienda Goop.

El domingo por la noche llamaría a mi abuela de Alabama. Si Birchie hubiera sido cualquier otra señora de noventa años de un pueblo del sur, decírsele me habría dado vergüenza ajena, pero ella era una persona única. Sí, Birchie vivía con rigidez y en base a normas, pero eran normas que ella misma se había impuesto. Esa llamada sería más bien una recompensa por lidiar con el tormento de contárselo a Rachel y a mis padres.

Sabía que, cuando le hablara sobre Digby, ella estaría feliz. Feliz porque finalmente ella y yo no seríamos las últimas descendientes de los Birch. Feliz de la misma manera desorbitada y secreta en la que yo lo estaba. ¿Y en aquel momento? ¿Al sentirlo moverse? Estaba prácticamente embelesada. Me recosté en la oscuridad, deleitándome con el movimiento de ese pequeño, tardío e imperfecto pedacito de lo que siempre había deseado.

No podía esperar a llamarla. Ella había vivido una versión

de esa historia: un solo hijo, nacido cuando ella tenía más de treinta y al que había criado sola. Eso sí, se había quedado viuda muy joven. Aunque había tenido un buen marido para la parte de la concepción. Aun así, Birchie entendería mejor que nadie, al ver el inicio de mi hijo, como sentía que mi vida estaba iniciándose también.

No tenía forma de saber que, a unos mil cien kilómetros al sur, la abuela a la que deseaba contárselo estaba llegando al final de su historia.

Capítulo 2

Birchville, en Alabama, tenía su propia historia, una tan enlazada a la de mi abuela que era imposible contar una sin contar la otra. El pueblo lo fundó el abuelo de Birchie, Ethan, el hijo mayor de una antigua familia naviera de Charleston que había usado sus barcos para romper bloqueos en la guerra de Secesión. Mantuvieron su dinero seguro en el extranjero, por lo que sobrevivieron la guerra con la fortuna intacta, aunque no sucedió lo mismo con su reputación. Su círculo social recientemente destituido no apreciaba particularmente a aquellos sureños que habían escogido la prudencia frente al patriotismo.

Hacia el 1874, Ethan, que era un niño durante la guerra, vivía bajo la incómoda combinación de riqueza y condena por parte de la vieja guardia. Quería un nuevo comienzo, y no era el único joven en Charleston que se sentía así. Se fue, llevándose con él a varios de los hijos de las antiguas familias: un Darian, un Alston y dos de los empobrecidos chicos Mack. Los Mack habían perdido todo su dinero en bonos del Gobierno confederado; el resentimiento de la familia era tanto que penetró en su linaje y en su genética.

Ethan fundó Birchville sobre las ruinas de un pueblo de Alabama que había perdido su acta constitutiva durante la guerra. Primero reconstruyó la Iglesia, y después levantó una casa victoriana grande y blanca en la colina frente a la carretera. Cuando terminó ambos edificios volvió a Charleston a por su chica; iba a casarse con ella en la Iglesia y a mudarse con ella a la casa. Mi bisabuelo, Ellis Birch, nació allí, y mi abuela también.

A las 9:00 h de la mañana de un domingo cualquiera, Birchie

se sentó en la elegante mesa de su comedor en esa misma casa y vio desde el gran ventanal cómo el pueblo despertaba. Tras ella, a ambos lados de la puerta que llevaba a la cocina, le flanqueaban los retratos de su padre y de su abuelo, que también observaban el pueblo, con aire severo y benévolo. Ethan parecía orgulloso, la expresión habitual en los retratos de la época. Ellis lo parecía todavía más y, encima, sus inquietantes ojos de Tío Sam parecían recorrer la estancia. Nunca me gustó almorzar en el comedor bajo la mirada del retrato, pero era el día del Señor. Las probabilidades de que Birchie sirviera la comida del domingo en la mesita de los desayunos eran tantas como las de que empezara a practicar yoga aéreo. Me la podía imaginar ahí perfectamente, con la espalda totalmente recta, cruzando los tobillos, comiendo su huevo y tomándose un café junto a Wattie Price, su amiga del alma.

No me hacía falta elucubrar los desafortunados sucesos que les esperaban al cruzar la calle hacia la Primera Iglesia Bautista de Birchville en esa particular mañana de domingo. Podía ver toda la historia en mi cabeza desde distintos ángulos, porque todos los miembros de la Iglesia presentes (e incluso algunos que no lo estaban) me contaron después todos los detalles interesantes.

Mientras las campanas daban las diez y cuarto, Birchie y Wattie enlazaron los brazos para hacerse paso cuidadosamente por las amplias escaleras del porche frontal.

Las dos pequeñas ancianas, suaves, ligeras y frágiles, parecían un salero y pimentero a juego mientras se tambaleaban juntas por la cuesta hacia la Iglesia, tan puntuales como las mareas.

La población de Birchville había decrecido y envejecido un poco desde que yo era pequeña, pero todavía había una familia de Darrians, unos cuantos Alstons y un montón de Macks viviendo en el pueblo. Mi abuela era la única Birch que quedaba, y todas las viejas familias del pueblo eran miembros de la Primera Iglesia Bautista. Cuando Birchie y Wattie entraron, caminando con aires majestuosos por el pasillo izquierdo,

los demás les abrieron paso ofreciéndoles saludos y sonrisas. Birchie se lo tomó como algo que le correspondía por derecho, y solo se detuvo para intercambiar una mirada elocuente con Wattie al ver a Martina Mack avanzando por el otro pasillo con su enorme sombrero dominical, alto y de color rojo intenso, que descansaba sobre sus greñas grises de bruja. El sombrero tapaba la vista, pero Martina no iba a moverse y mucho menos a quitárselo. Tuvo que sentarse en el lado derecho de la segunda fila, justo enfrente del banco de Birchie.

Wattie tenía mal las rodillas, así que mi abuela la ayudó a colocarse antes de sentarse ella misma, y algunas personas en la Iglesia desviaron la mirada. Algunos no parecían recordar que la señora Wattie no trabajaba para Birchie. De hecho, nunca había trabajado para nosotros. Sí lo hizo su madre, Vina, que fue el ama de llaves de los Birch. Cuando mi bisabuela murió en el parto, Vina meció a Birchie, le enseñó canciones y la arropó mientras se echaba la siesta en el corralito de la cocina. Todavía producía leche por su hijo pequeño, por lo que la alimentó también a ella con su propio cuerpo. Aproximadamente un año después apareció Wattie para hacerle compañía a mi abuela, y crearon un vínculo tan profundo como el de dos hermanas. Ambas habían preparado mermelada juntas todos los agostos de su vida en aquella cocina; como bebés, observando; como niñas, demasiado pequeñas para poder ayudar; como adolescentes; como mujeres casadas y, finalmente, como dos maestras de la mermelada que se ganaban regularmente varias medallas en las ferias del pueblo.

Hace unos doce años me empecé a preocupar porque Birchie viviera sola en esa casa tan grande y llena de escaleras, sobre todo por su mal equilibrio y peor vista. Quería que se mudara a Virginia, a una residencia cerca de mi casa, pero ella estaba totalmente en contra.

A su vez, el marido de Wattie falleció, y sus dos hijos vivían lejos; Stephen en Chicago y Sam en Houston. Ellos también estaban preocupados. La casa de Wattie estaba situada en una

carretera aislada fuera del pueblo. Conducía todos los días hasta Birchville, y era cada vez menos consciente de en qué carril iba con el coche. Ella y mi abuela solían sentarse juntas en el porche cuando hacía buen tiempo, o enfrente de los ventanales del salón si llovía. Tejían, charlaban y comentaban los temas del pueblo. Fue un alivio para todos que Wattie suspendiera el examen de conducir y tuviera que irse a vivir con Birchie a su gran casa victoriana. Podían ir caminando al salón de belleza, a la biblioteca, a tres restaurantes o a la tienda de lanas. El supermercado Piggly Wiggly no tenía servicio a domicilio *per se*, pero, ¿para Emily Birch Briggs? Por supuesto que le traían la compra a casa.

Cuanto más tiempo pasaban viviendo juntas, su relación se volvía más simbiótica. La práctica religiosa había sido su última fusión. En sí, Wattie todavía formaba parte de Redención, la Iglesia de la comunidad negra que había cerca de su casa. Birchie continuaba siendo miembro de la Primera Iglesia Bautista, pero llevaban años yendo juntas a la eucaristía, así que la mitad del tiempo iban a esta última y la otra mitad a Redención con uno de los diáconos. Aquella semana les tocaba ir a la Primera Iglesia Bautista, así que ojearon el boletín hasta que empezó el sermón.

Birchie tomó notas sistemáticas en los márgenes de su orden de adoración, seria y atenta, asintiendo decorosamente hacia la señora Wattie cuando creía que el pastor decía las cosas bien y frunciendo el ceño ligeramente cuando se equivocaba. Asintió muy pocas veces.

La señora Wattie se mantuvo impassible. Apenas parecía pestañear con sus grandes ojos hundidos, pero, al observarla de cerca, se podía notar que apretaba los labios al mismo tiempo que Birchie asentía. El reverendo Richard Smith era nuevo y muy joven, y le entusiasmaba hablar sobre las bienaventuranzas. Les pidió a todos que lo llamaran pastor Rick, y, a veces, cuando mencionaba el infierno, casi parecía que se refería a él entre comillas. Aún peor; no se detectaban comillas cuando

hablaba de los dinosaurios. Ni Birchie ni Wattie lo aprobaban.

El antiguo pastor, un hombre seco y formal propio de su generación, había fallecido. En vez de ascender a Jim Campbell, el atractivo e insulso pastor adjunto de mediana edad, la Iglesia escogió a ese chico nuevo. Había nacido en Alabama, lo cual era bastante respetable, aunque había asistido al Seminario Golden Gate en California.

Hasta donde yo sé, volvió de allí con la rígida doctrina baptismal del sur aún intacta, aunque también se compró un par de sandalias para hombres y dejó de comer carne roja. Peor aún; convenció uno a uno a todos los miembros de la Iglesia para que se hicieran Facebook. Hasta Birchie y Wattie se hicieron una cuenta por hacerle el favor, aunque se arrepintieron de su buen acto cuando vieron que el boletín de noticias se había vuelto virtual para salvar árboles, según el pastor. Eso significó que tenían que aprender a encender el ordenador que yo les había comprado. Según mi abuela, todo aquello era prueba de que él ya era de California, que para ella era prácticamente Babilonia (el escenario de miles de películas sobre fornicación que se negaba a ver).

—Y encima suda cuando predica —me dijo por teléfono. Cuando la decía con su boca pequeña y fruncida, la palabra «sudar» parecía una palabrota.

—Seguro que no lo puede evitar —le respondí.

—Sí que podría, la Iglesia tiene aire acondicionado.

Birchie lo sabía mejor que nadie, ya que ella fue quien pagó para que lo instalaran en los setenta, cuando estaba pasando por la menopausia.

—El púlpito está justo debajo de la rejilla del aire, pero no quiere predicar desde ahí —añadió Wattie. Tenían el manos libres puesto. Siempre les había gustado participar en las conversaciones de la otra, pero en los últimos años habían empezado a utilizar el manos libres cada vez más. Cogían todas las llamadas juntas. Había sucedido tan gradualmente que ya

me había acostumbrado—. Se pone esa especie de auriculares como si fuera una estrella del pop y empieza a mover los brazos y a corretear de un lado para otro.

—¡Es verdad! —confirmó Birchie—. Me siento como si estuviera viendo a la chica comunista esa, Fonda, en una de sus vergonzosas cintas de aeróbic, con todas sus piruetas en esas... pantallas.

—Hoy en día todo el mundo usa pantallas —les dije— y nadie ve cintas ni hace aeróbic.

Oí un «Mmm» escéptico, pero no supe si había sido Birchie o la señora Wattie.

—En la pantalla solo ponen la letra de las canciones —siguió Wattie—. ¿Cómo canta la gente sin ver las notas?

—Os juro que Lois Gainey no ha afinado ni una sola vez desde que las pusieron. Dice que los himnarios estaban ya muy gastados, pero yo me ofrecí para cambiarlos. Dos veces.

Entendí por su tono (cualquiera lo habría hecho) que los considerables recursos de Birchie no estuvieron disponibles para ayudar con la instalación de las pantallas.

Pese a todos esos cambios, mi abuela estaba feliz en su banco. Aquel día se celebraba en el jardín de la Iglesia la Fiesta del Pescado Frito de Inicio de Verano. Era una tradición tan longeva y venerada como la propia Birchie.

Cuando era pequeña iba todos los años; pasé todos los veranos de mi infancia en Birchville. No era muy fan del fútbol ni de pescar en el lago Coosa, pero el pueblo me encantaba de todas formas. Birchie me compraba tizas de todos los colores y yo dibujaba tiras de cómic por toda la manzana; cada acera era un panel. Me dibujó patrones de Batman y Star Wars en papel cuadriculado para que aprendiera a bordar, y Wattie me enseñó a preparar su deliciosa base de tarta antes de recompensarme con un pedazo de esta. Ambas me cosían un disfraz de Wonder Woman cada año. Me dejaban correr por todo el pueblo con él puesto y jugar con los niños a ser superhéroes hasta que escuchaba a mi abuela tocando la campana del porche para

llamarme a cenar. En Norfolk, solo podía ponerme el disfraz en casa, porque mi madre decía que avergonzaba a Rachel (y sus mejillas sonrojadas indicaban que no era solo a ella).

Para mí, el verano empezaba con el sabor del pez gato empanado con harina de maíz y sal gruesa y servido crujiente y ardiendo en un plato de papel, acompañado de té helado en un vaso de plástico. También con el sabor de la ensalada de lechuga iceberg con tomates *cherry* y salsa ranchera casera. Y con el de las gachas con queso. Y el de la oca frita. Y con los trozos enormes de tarta helada de postre. Esas comidas todavía me evocan el verdadero sabor de la libertad.

Aquel año estaba llovisnando fuera, algo que las oraciones de la señora Birchie habían evitado durante décadas en el domingo de pescado frito. Probablemente se trataba de Dios, que daba su opinión sobre el nuevo pastor. Pero el evento no se canceló ni se pospuso. Los chicos de la asociación de jóvenes tan solo movieron las mesas al pórtico de la Iglesia. Cuando la Birchie y la señora Wattie entraron, tomadas del brazo, el pastor Rick estaba ahí para recibirlas.

—No hace falta que esperen en la cola. Vengan, tomen asiento. Les traeremos los platos.

Por lo menos hacía algo bien por fin. Ninguna mujer con edad suficiente para ser abuela ni ninguna embarazada debería tener que esperar en la cola en una fiesta de la Iglesia. El pastor condujo a Birchie y a la señora Wattie a su mesa, donde también estaban sentados varios diáconos, el pastor asociado Campbell y su mujer, Myrtle. Birchie se sentó frente a Frank Darian, su abogado, que vivía y trabajaba en la casa azul que estaba a dos viviendas de distancia de la suya. Era el único hombre en la mesa que no formaba parte de los directivos de la Iglesia, pero su mujer, Jeannie Anne, era la pastora de los niños. Se trataba de un trabajo a jornada parcial que implicaba utilizar marionetas y que, por tanto, abrieron también a las mujeres.

El pastor Rick volvió y puso platos de papel frente a todos,

diciendo: «¡Ahí va! ¡Ahí tienes!». Su mujer estaba detrás con las bebidas y las servilletas.

Los platos no eran los correctos. No había pez gato. Ni oca frita. Ni ensalada de lechuga iceberg. En vez de eso, había algo que a la señora Birchie le pareció un paquetito listo para enviar; un rectángulo de papel de horno amarrado con un cordel.

–¿Y esto qué es? –preguntó la señora Wattie.

–Es salmón. Está envuelto y cocido al vapor con hierbas aromáticas y verduras de temporada –explicó el pastor Rick.

Se hizo silencio por un momento. Wattie se giró para susurrar algo, casi tocándole la oreja a Birchie con los labios. Muchas de las conversaciones de mi abuela con la señora Wattie eran susurradas, y la respiración esta movía los ligeros rizos blancos que se le escapaban a Birchie del moño. Era algo tan común que nadie le dio importancia. Por lo menos, no en ese momento.

–Pero es la Fiesta del Pescado Frito –dijo Birchie, haciendo énfasis en «frito».

–Se llama salmón *en papillote* –se justificó él.

–Suena a francés –bromeó mi abuela con tono irónico, que el pobre Rick no captó.

–¡Sí! Sí, es francés –canturreó felizmente–, y mucho más saludable.

Birchie iba a decir algo más, pero Wattie se quedó cerca de ella, con una voz suave que era como un sonido de fondo que la relajaba. Un momento después, mi abuela bajó la mirada y dijo:

–Bueno, probémoslo, entonces.

La señora Wattie giró la cabeza hacia su propio paquetito. Apretó sus carnosos labios hasta formar una línea recta. Había calmado a Birchie, pero no pretendía probar esa comida tan impropia.

Su amiga retiró el envoltorio del salmón para encontrarse un montoncito de llamativos espárragos verdes y un par de tomates *cherry* con la piel arrugada por el vapor. Frunció los labios

hasta formar un círculo, la forma contraria a la de Wattie, pero que expresaba el mismo sentimiento.

El pastor Rick se giró hacia Jeannie Anne Darian.

–¿Has encontrado los dos voluntarios que faltaban para trabajar en la guardería de la Escuela Bíblica de Vacaciones?

Jeannie Anne había empezado a balbucear una respuesta, pero Birchie la interrumpió.

–¿No hay pan de maíz?

–No... , pensamos que... los carbohidratos son... –empezó el pastor, triste, y Birchie lo interrumpió también.

–¿Ni siquiera hay panecillos?

–Puede que haya galletitas saladas en la despensa –ofreció él.

–Esto es un despropósito –dijo Birchie, y su amiga se le acercó para susurrarle algo.

Wattie había conseguido evitar más de un altercado en su momento. Pero que no hubiera panecillos era demasiado, y mi abuela se dirigió hacia ella para decirle:

–No, Wattie, no te molestes.

A causa de esa suave declaración, todos los integrantes de la mesa callaron. El pastor Rick era nuevo, pero incluso él pudo entender el poder de aquellas palabras, pronunciadas por la Birch suprema de Birchville. Estaba casi encogiéndose, con aire conciliador.

–¡Debería probarlo antes de juzgar! Es muy saludable y está delicioso. Sé que si lo prueba le gustará.

Birchie alejó la cabeza de los susurros tranquilizadores de Wattie. Retiró las verduras con el tenedor de plástico, tratando de encontrar el salmón. Brillaba por el aceite de oliva y el jugo de los tomates, con motas de pimienta negra y hierbas aromáticas.

–No, cariño, no me voy a comer esto –dijo, con un tono de voz extremadamente dulce. Tan dulce como la tarta helada y el té con azúcar.

Wattie se le volvió a acercar, con susurros más urgentes esta

vez, pero Birchie la interrumpió, con los ojos azules abiertos de par en par en su rostro empolvado.

—Parece el pene del pastor Campbell, rosa y pecoso.

Dijo la frase de una manera tan remilgada y tranquila que todos tardaron varios segundos en procesar sus palabras. El diácono Lester se atragantó. Reprimió la tos, tratando de no asfixiarse y de no hacer ruido en medio del estupor y el silencio. Anna Gentry se derramó el té helado encima de la blusa y no dijo ni una palabra. Jeannie Anne Darian se quedó inmóvil con el pescado a medio bocado y los ojos abiertos de par en par en su bonito rostro, que era similar al de un perro carlino.

No era posible que Emily Birch Briggs hubiera dicho la palabra «pene» o que tan siquiera reconociera la existencia de este. Si un pene de dos metros hubiera empezado a correr por su propio pie en el jardín de la Iglesia, todo el mundo habría esperado que la señora Birchie se mantuviera impassible e hiciera como que no lo había visto, aunque estuviera en medio de su campo de visión. «Qué bonito atardecer», diría, mirando el glorioso paisaje de Dios a través de él. Pero acababa de reconocer la existencia de los genitales en el pórtico de la Iglesia, y, peor aún, había dicho en voz alta que el pastor adjunto Campbell los tenía. Los había descrito con tal detalle que casi se podría pensar que los había visto personalmente, lo cual era completamente inconcebible. Al pastor Rick le caían gotas de sudor por la frente, y todos los diáconos estaban boquiabiertos. El pastor Campbell, que acababa de escuchar cómo se le calumniaba, abrió y cerró la boca varias veces, sin ser capaz de articular palabra y respirando con dificultad.

Wattie, la única persona que no estaba sorprendida, se levantó y dijo:

—Birchie, vámonos a casa. Ahora.

Ella pinchó con desdén el pescado con el tenedor de plástico, diciendo:

—¡Es la verdad, Wattie! Pregúntale a Jeannie Anne. Ella ha visto ese pene mucho más de cerca. La sala del coro no es

exactamente para eso, pero supongo que no debería andar diciéndolo.

El ambiente, que ya estaba tenso de por sí, se cargó de electricidad. El silencio que se formó en la sala hizo que la gente pudiera escuchar los urgentes susurros de Wattie a Birchie:

–¡Levántate! ¡Venga! ¡Tenemos que irnos!

Como si estuviera pasando una corriente por la sala, toda la congregación comprendió, uno a uno, lo que Birchie estaba describiendo, y fijaron la vista en mi abuela, horrorizados. Al fin y al cabo, conocía todos los pecados del pueblo, pero escuchaba los cotilleos de la misma forma que una reina escucha las suplicas. No discutía las «noticias» del pueblo con nadie excepto con Wattie, e iba directamente donde los pecadores de la Iglesia Bautista de forma privada, como el apóstol San Pablo (pero ella llevaba sopa casera). Alentaba de forma severa a apartar la ira, dar el diezmo correcto o dejar de desear a las mujeres de otros, pero a puerta cerrada. Birchie era la viva imagen de la decencia, y que ella dijera esas palabras era tan impactante como la propia idea del adulterio. Toda la estupefacción se concentró en mi abuela hasta que Jeannie Anne se sonrojó.

No se sonrojó delicadamente como cualquier otra mujer haría tras escuchar tal lenguaje obsceno en la mesa. Era un rubor rojo, de vergüenza, que empezaba por la frente y terminaba en el cuello. Su escote, visible por la blusa de punto en pico, estaba enrojecido. Su piel se convirtió en un fondo escarlata para el pedazo rosa de pescado con motas de pimienta que aún sujetaba entre los labios brillantes.

Se dio cuenta entonces del bocado que tenía entre los dientes y lo tiró al aire violentamente. El tenedor aterrizó con un triste repiqueteo, seguido del pescado, que cayó sobre la mesa con un desagradable «plof». Los murmullos se iniciaron en las mesas más cercanas a la central, en la que estaba Birchie, y se extendieron por todas partes como la marea.

Frank Darian fue el último en comprender lo que estaba

sucediendo. No fue hasta que su mujer se levantó agresivamente de la silla que cambió de expresión, pasando de estar sorprendido a algo mucho peor. Incredulidad. Incertidumbre antes del dolor.

—¿Jeannie Anne? —dijo, y ella se fue—¿Jeannie Anne?

Jeannie Anne no se giró ni titubeó y continuó escabulléndose entre las mesas mientras los murmullos sobre ella crecían.

Birchie la observó irse, con los ojos brillantes y una sonrisa incongruente en el rostro al ver cómo sus demoledoras palabras destruían dos de los matrimonios más importantes de la Iglesia. Wattie estaba inerte a su lado y ya no le susurraba; su urgencia había desaparecido. Parecía extrañamente tranquila, toqueteando los tirabuzones plateados de su corto cabello como si peinarlos fuera su principal preocupación.

—¿Cómo has podido? —rugió el pastor Campbell, dirigiéndose a Birchie. Se levantó, empujando la silla hacia atrás y golpeando con fuerza la mesa con las manos. Se inclinó hacia ella, casi amenazante, y volvió a decirle, con rabia—: ¿Cómo has podido?

—¿Cómo has podido tú? —susurró su mujer, aunque él no pareció oírlo.

—Birchie —dijo Wattie, tranquila y firme—, necesito tu ayuda.

Pero ella estaba ya retirando la silla para levantarse y devolverle la mirada amenazante a Campbell.

—¡Ni se te ocurra levantarme la voz, chivo en celo, si no quieres que te pegue una patada en ese culo flácido! —amenazó Birchie. Su tono era correcto, frío y autoritario. Pero sus palabras... no eran palabras que Emily Birch Briggs utilizaría jamás, y vinieron seguidas de una aguda risa maligna.

El pastor Campbell se alejó de ese inquietante sonido, con rabia e incredulidad en el rostro a partes iguales. Entonces vio a su mujer, que lloraba en la silla que tenía al lado. Wattie se mantuvo de pie junto a Birchie hasta que esa horrible carcajada llegó a su fin. Después le tocó el brazo, y esta se giró hacia ella como si acabara de descubrir que se encontraba ahí.

–¿Has visto ese culo flácido que tiene, Wattie? ¿Lo has visto?
–dijo mi abuela, y después empujó la mesa con la cadera, simulando el acto sexual.

Los trescientos fieles se quedaron petrificados viendo a Emily Birch Briggs en plena crisis nerviosa, y solo Wattie se atrevió a hablar.

–Claro, Birchie, ¿pero has visto que Mercy Lester está cortando pimientos al lado de la masa de las bolitas de maíz?
–dijo.

La expresión ávida de Birchie se convirtió en confusión, y dejó de hacer esos obscenos movimientos. Hacía unos años, Mercy Lester había puesto la Fiesta del Pescado Frito en peligro al intentar añadir queso y jalapeños a la masa de las bolitas de maíz. Birchie se dio cuenta antes de que los mezclara con la masa. Mientras Wattie retiraba esos ofensivos ingredientes de la superficie de la mezcla, Birchie rodeó a Mercy con el brazo, como Jesús cuando acogía a alguna mujer acusada de adulterio. En vez de pedir que el que estuviera libre de pecado lanzara la primera piedra, Birchie recordó a la escandalizada congregación que Mercy había crecido en una comunidad presbiteriana antes de casarse con Davey Lester; no podían esperar más de ella.

Sacar el tema en ese momento tenía tan poco sentido que parecía que Wattie estuviera perdiendo la cabeza también, pero Birchie exclamó:

–¡Señor, esa mujer! ¡Hay que pararle los pies!

Lo dijo como si Mercy y Davey no se hubieran mudado a Montgomery hacía ya tres años. Wattie, con el rostro petrificado y expresión indescifrable, comenzó a guiarla hacia la salida.

–Bueno, bien. Bien. Ahora... bien –balbuceó el pastor Rick.

Mientras las dos se abrían paso lentamente hasta la salida, la congregación llegó a una conclusión clara: los tranquilizantes susurros de la señora Wattie llevaban tiempo escondiendo que algo se estaba desmoronando dentro de Birchie.

Era impensable. La señora Birchie, como la llamaban todos, olía a pétalos de rosa y a historia. Era la última Birch viva en Birchville, con noventa años, pero todavía con la espalda completamente recta, esa mirada que mostraba interés y su antigua colección de preciosos bolsos. Para muchos, ella era el pueblo. La idea del pueblo. Era la viva imagen de cómo solía ser el pueblo en una especie de antigua utopía sureña que solo existía si eras blanco, adinerado, bautista y no te dabas cuenta de cómo vivían todos aquellos que no eran ninguna de esas cosas. Incluso antes de que salieran de la reunión, la gente ya empezó a mandarme mensajes. Cuando cerraron la puerta tras ellas, empezaron a llamarme también.

Pero no respondí. Para entonces ya era mediodía y estaba de camino a casa de Rachel. Tenía el móvil apagado y estaba decidida. Estaba lista para soltar la bomba, y mentalizada para la explosión.